

MADAMA ROLAND (1)

II

Parece que se ha hablado mucho de Madama Roland, y yo mismo he escrito extensamente; pero, puesto que la ocasión se presenta una vez más, hablemos de ella aún. En crítica como en la vida, debemos fidelidad á las antiguas relaciones, pues es tan dulce como obligada. Hoy para la vida y para escribir el corazón y el cerebro no bastan. Todos nos tratamos y todos lo hacemos todo. Aparte de esto, en el fondo, somos como un salón banal. No olvidamos del todo los antiguos rincones preferidos.

Es cierto que todo el mundo no piensa así; las costumbres antiguas no agradan al público. Cuando se cansan de un autor ó de un personaje, aun siendo excelente, no quiere nada de él: ¡Conocido, conocido! dicen, y es preciso pasar á otros. Así, no me extrañaría que, á pesar del interés real que tiene esta correspondencia publicada, ciertos lectores la juzgasen fastidiosa y monótona. Para los que al contrario creen que un alma es todo un mundo, que un carácter eminente no está nunca demasiado profundizado, los que además de la opinión que tengan sobre Madama Roland, sientan por ella en su corazón un culto de afecto, encontrarán aquí mil razones más para su simpatía y entresacarán numerosos detalles encantadores.

La señorita Philpon entró á la edad de once años en el convento de *Dames de la Congregation*, en la calle Nueva de San Esteban para hacer su primera comunión.

(1) Este segundo trozo fué escrito en ocasión de las cartas publicadas por Coquebert (1840).

Allí conoció á dos señoritas de Amiens, dos hermanas de poca más edad que ella: Enriqueta y Sofia Cannet, con las que se unió en estrecha amistad. Al salir del convento, y de vuelta á casa de su padre, en el muelle de Lunettes, so tuvo una correspondencia frecuente con Sofia, que también había regresado á Amiens. Esta correspondencia, que ha sido guardada preciosamente por la familia Cannet, es la que M. Augusto Breuil, abogado, ha obtenido de las manos de sus dignos herederos, el permiso para publicarla hoy.

Comprende y ocupa, casi sin interrupción, el intervalo de Enero 1772 á Enero 1780. Cuando comienza, la muchacha no tiene más que diez y ocho años, y llega á los veintiséis cuando escribe la última carta. Sin duda hubo otras más, pero no fueron conservadas. La carta final anuncia el matrimonio de M. Roland, cuyo conocimiento con la señorita Philpon fué debido á las dos amigas de Amiens. Esto cortó la correspondencia. Estas cartas acaban, como una novela, con el matrimonio y al observarlas bien, se ve que realmente son una novela, la novela de la primera juventud y de la amistad entre dos muchachitas que hacen su entrada en la vida.

Sofía es más fría, más tranquila, tiene dicha, y Manon Philpon es lo que se puede augurar, lo que ella misma en sus Memorias nos ha pintado con tan vivos colores. Pero su desenvolvimiento se muestra en cada carta ingenuo, continuo; se puede seguir con el ojo del alma y de la razón que se apresuran á tomar color y forma.

Las cartas de Madama Roland á sus jóvenes amigas me demuestran cuán cierto es que si existe en nosotros un ser moral perfecto, existe al principio de la vida; á los veinte años existe en toda su integridad y en toda su gracia. Entonces es cuando llevamos dentro al héroe de Plutarco, á nuestro Alejandro. A medida que crece y que se hace más visible para los demás, se pierde para sí mismo; cuando los demás pueden apreciarlo (¡verdad horrible!), ya ha desaparecido.

Franqueza, abnegación, fidelidad, valor, todo esto conserva sus respectivos nombres, pero ya los merecen poco. Toda alma, al avanzar, sufre el menoscabo de que es capaz. « Todos los hombres, ha dicho el noble y bondadoso Vauvenargues, nacen sinceros y mueren hipócritas », y le había bastado para expresar su pensamiento decir que mueren *desengañados*. Al menos, aun entre los mejores, lo que se llama progreso de la vida es bien inferior al ideal de la juventud. Así, pues, somos dichosos cuando encontramos ese primer retrato de personajes que llegaron después á la celebridad y cuando el azar nos depara el espectáculo de lo que fueron en ese momento único y selecto, en ese capullo, en esa *hora adornada*, que decían los griegos. Todo lo demás que en ellos vemos tiene más ó menos anacronismos.

Madama Roland pareció, seguramente, más grande más tarde; pero ¿ fué más prudente, más honda, más atrayente entonces que en esas horas de íntimo é ingenuo e parcimiento? ¡ El drama público le costó muchas escenas privadas! El cuarto acto se estropeó mucho; pero el quinto lo reparó todo, afortunadamente, y la aureola del patíbulo cubrió los errores. Pero aquí no vemos más que sencillas escenas de sus comienzos, una exposición irreprochable y conmovida de hechos.

Madama Roland habría podido vivir bajo este aspecto hasta el fin, aunque realmente no cambió mucho. Sus amigos, aun sintiendo por ella misma que este campo fuese muy estrecho, no habrían pensado nunca en la idea de transportarla á la esfera huracanada donde tan ampliamente vivió y murió triunfante. Y, sin embargo, fué siempre la misma, pues su naturaleza moral era tan completa, sabía tan bien regular sus deseos, que nunca pareció contradecirse. ¡ Qué interesante es adivinar el genio á través de la vida doméstica en personas en las que está pronto á resurgir ó que no resurgirá jamás. ¡ Cuántos Hampden — dice Gray en su *Cementerio de aldea*, — duermen desconocidos bajo el césped! Muchas veces he intentado figurarme lo que

sería el cardenal Richelieu restringido por la vida doméstica; acaso un mal vecino ó, hablando vulgarmente, un *mal coucheur* (1). Bonaparte, en vísperas del 95, puede dar una idea aproximada cuando sin empleo lanza sus afirmaciones originales ante Burrienne y Madama Permon. ¡ Qué raros son los seres que parecen buenos y excelentes en la vida privada y grandes en la pública, como Wáshington y Madama Roland.

Hay que tomar una precaución al abordar estas cartas para no tener un poco de desencanto: es preciso saber la preocupación y los deseos de la muchacha que las escribe. En algunas páginas asistimos á ejercicios de retórica y de filosofía. La joven Phlipon, en su ávido deseo por saber, en su instinto del talento, lee á toda clase de autores, hace extractos de las lecturas, y estudiando, se corresponde con su amiga: « Pues — dice muy juiciosamente, — no se aprende nada cuando no se hace más que leer; hace falta sacar la substancia, lo que se quiere conservar, es preciso penetrarse de su esencia. » ¡ Talento fuerte y raro en el que todo era natural, aun la misma educación! Ella habla en sus Memorias de lo que llama extracto de sus *Obras de Muchacha*, que no son sino estas cartas. Unas veces analiza un tratado de metafísica, otras á Delolme en doce páginas (lo que es un poco largo), y otras intenta escribir una elegía en prosa. Comienza á formar su estilo, en el que, las frases reputadas elegantes y los epítetos del diccionario, como *cascabel de la locura*, *dócil discípula del indolente Epicúreo*, *alocado hijo de la risa*, abundan á veces demasiado. « Sabes, escribe un día á su amiga; vivo á la orilla del Sena, hacia la punta de esta isla en donde está la estatua *del mejor de los reyes*. El río que corre apaciblemente delante de mi casa me deja sus ondas saludables. » He aquí sin duda, un armonioso comienzo para pintar el muelle de Lunettes, y sentimos que el editor no haya hecho numerosos cercenamientos en toda esta parte elemental que

(1) Cascarrabia.

no tenía otro interés que el de servir como muestra con lo que habrían ganado otras descripciones excelentes. Dos cartas después de la precedente, habla con mucha gracia de la vida prosaica que hace en Vincennes, en casa de su tío el canónigo. « En tanto que un buen canónigo hace resonar su viejo violón con un arco que tiembla, yo rasco el violín; un segundo canónigo nos acompaña con su flauta quejumbrosa, y he aquí un concierto que haría huir á todos los gatos. Cuando termina esta obra maestra, estos señores se felicitan y aplauden, y yo corro al jardín donde cojo el perejil y la rosa, luego voy al gallinero en el que me interesan las incubadoras y en el que los pollitos me divierten; guardo en mi memoria todas las noticias y todas las historias que pueden servir para deslumbrar á estas imaginaciones entumecidas y para variar la conversación del espíritu que me producen sueño. Esta es mi vida. » Y luego : « Me gusta esta tranquilidad que no es interrumpida más que por los cantos de los gallos; me parece que palpo mi existencia, y siento el bienestar análogo al que sentiría un árbol sacado de una maceta y trasplantado en pleno campo. » En todo esto el estilo es otro; es decir, ya no hay estilo: la discípula de filosofía, habla una vez terminada su lección de retórica. Es preciso decirlo, no se ha traicionado completamente la intención de la muchacha, que escribió estas cartas publicándolas, pues en más de un párrafo se ve que ella piensa en el empleo que algún día pueden tener. Á cada instante el escritor se muestra. Si por desgracia se pierde una carta en el camino, asistimos á sus lamentaciones y á sus pesquisas. Cuando habla de sus garrapatos, ¿ lo hace en serio ? « Además, ¿ qué importa nuestra manera de escribir ! Al arreglar mis cartas (*las arregla pues*), ¿ tengo yo la esperanza de que, después de mi muerte, encontrarán un editor para colocarse al lado de las de Madama de Sévigné? No; esta locura no está en el número de las mías, y si guardamos nuestras mamarachadas es para reir cuando ya no tengamos dientes » Y todavía, en un momento de los de más tiernas confi-

dencias, y de las más secretas de un corazón que se cree sorprendido dice : « Abre la carta, léela, piensa en mis tormentos y en los suyos... y mira si debes enviarla. Pero, en todo caso, no quememos ninguna. Si algún día mis cartas debieran ser vistas por todo el mundo, no quiero ocultar ni una de mis debilidades ni uno de mis sentimientos. » Puesto que nos es permitido, y puesto que nos invita, penetremos en el interior virginal al que ella misma nos guía.

La unidad de esta Correspondencia, en la que algunas impresiones habrían sido convenientes, está en la amistad de dos muchachas, en esta amistad apasionada que cuando menos siente la señorita Phlipon, comenzada en el convento, con sus pequeños huracanes, sus diarios incidentes sus alzas y bajas y que expira en el matrimonio, y al decir expiro, hablo solamente de la forma y de la expresión apasionada, pues el fondo subsistió siempre. Aun antes del final de esta amistad apasionada, se ve que sufre un enfriamiento, una variación bastante sensible, causa de un primer sentimiento amoroso que anida en este corazón que no sabía dividirse. Mas me es preciso ajustarme más á los comienzos y proceder con método. La señorita Phlipon tiene diez y ocho años y es devota todavía. Las cartas de 1772 á Sofia son de una gravedad que hace sonreír. Se ve que la joven ha leído á Nicole y luego que acaba de leer á Rousseau. Ha sido — dice — *prevenida* (prevenida por la Gracia su estilo de Nicole) poco después que su amiga. Ha obrado hasta doce años guiada por esa especie de razón envuelta aún entre las tinieblas de la infancia, y solamente después el rayo divino ha comenzado á brillar para ella. Mas el amor propio, el gran y detestable enemigo, no ha desaparecido por esto. « Le llamo detestable — escribe, — y le detesto por muchas razones, pues me hace muchas trastadas, y es un ladrón muy hábil que siempre me quita algo. Unámomós, mi buena amiga, para hacerle la guerra, y le juro un odio implacable, etc., etc. » Y sigue una pequeña arenga de Santa Cruzada contra este *odioso yo*. San Francisco

de Sales que les permite algunas coqueterías á las muchachas casaderas, le parece demasiado indulgente. Cuenta y confiesa en muy buen estilo didáctico, sus propias luchas espinosas contra la vanidad: « ¡He aquí una pintura ingenua de las *revoluciones que tienen lugar en mi corazón!* » Esta fase duró poco; seguimos en la Correspondencia el declinar de esta devoción un momento tan viva, y aunque en Marzo de 1776 hace paradas en algunas estaciones, en Septiembre del mismo año, las amigas de Amiens rezan por su conversión. Mucho tiempo se entrega á lo que ella llama *calaveradas de razonamiento*: « La universalidad me ocupa, la bella quimera de lo útil (si se le puede llamar quimera) me emborracha. » Juzgo filosóficamente su religión de antes y se la explico así: « Por ello comienza siempre todo aquel que tiene un corazón sensible y un espíritu dado á las reflexiones. » Su ideal de amistad con la piadosa é indulgente Sofía no sufre ningún enfriamiento, á pesar de todo.

Severa, activa, diligente, estudiosa, y siempre buena mujer de su casa, pasando de Plutarco al abate Nollet, y de la geometría á los deberes familiares (1), la joven Phlipon, cerca de los diez y nueve años, no se escapaba siempre á una vaga melancolía que tampoco quería desterrar, complaciéndose en confundirla con el sentimiento que le produjera la ausencia de su amiga. Si un domingo en el mes de Mayo, al salir de la misa del convento iba á pasearse con su madre al Luxemburgo, comenzaba para ella un ensueño, el silencio y la calma de este jardín entonces campestre y solitario, no eran interrumpidos para ella más que por el ligero estremecimiento de las hojas. Sentía la ausencia de Sofía durante este paseo delicioso, y en las cartas siguientes el tinte del *sentimiento* era más acentuado; palabra de entonces, y color reinante durante la mitad de

(1) También dedicada al oficio de familia... Su padre era artista grabador y ella trabajó algún tiempo para aprenderlo. Madama Roland sabia dibujar muy bien y M. Courtois tiene un dibujo de ella.

siglo XVIII. Pero la alegría natural, y un gozo inocente corregía en seguida esta languidez, la calma y equilibrio se sostenían, y repitiendo alguna oda rústica de Thompson, ó moralizando sobre las pasiones que deben corregirse, añadía con una gravedad encantadora: « Yo encuentro en mi religión el verdadero camino de la felicidad; sumisa á sus preceptos, vivo dichosa; canto á mi Dios, á mi dicha, y á mi amiga, canto sus alabanzas en mi guitarra y encuentro regocijo en mí misma. » Y es que ella estaba todavía en la primera estación, en los primeros días del Mayo del corazón.

Un viaje de Sofía á París, y la viruela, fueron causa de la interrupción de esta correspondencia. La viruela era frecuentemente en las muchachas, síntoma de su entrada en la edad de emociones. Era como un temible juicio de la naturaleza que dejaba intacta ú hollaba cada beldad. La señorita Phlipon era una de esas bellezas que no temen á ninguna prueba y apenas restablecida de su larga convalecencia, tuvo los pretendientes á cual mejor y más enamorados. « En cuanto una muchacha — escribe en sus *Memorias* — llega á la edad de su desarrollo, los pretendientes revolotean en torno de ella como las abejas en torno de la flor recién abierta. » Pero, al mismo tiempo que escribe tan bonitas figuras, se burla de este enjambre de hombres casaderos que hace desfilar ante nuestra vista con gran regocijo por su parte. Se diría una heroína de Juan Jacobo, tal como éste se complace en situarlas en el país de Vaud; una Clara de Orbe que bromea con inocencia. En las cartas las chanzas no son tan frecuentes como en las *Memorias*, y como los pretendientes se presentan uno á uno, y como sus pretensiones pueden ser convenientes se muestra muchas veces preocupada. Se enfada y se irrita á veces contra ellos, tanto como más tarde ríe. « Mis sentimientos me parecen extraños; no encuentro nada más extraño que odiar á una persona por el sólo hecho de que me ama, y esto desde que quise amarle. Y, realmente es, cierto; te escribo sinceramente lo que pasa en mi alma. » Las cartas á Sofía son en este

momento de una delicada confidencia y luego se vuelven más vehementes y excitadas. La amistad no es sino la ocasión, el pretexto, el velo tembloroso y agitado; yo no sé qué idea confusa y púdica está en juego en lontananza. « Sin embargo, no siempre me siento capaz de aplicación. Esto me ocurrió últimamente. Cogí la pluma, y para divertirme hice tu retrato, que guardo cuidadosamente con esta inscripción: *Retrato de Sofia*. Emborrono papel escribiendo todo lo que se me ocurre y esto me sirve para limpiar mi cerebro... Adiós, espero á una prima que debe llevarnos á paseo; mi imaginación galopa, mi pluma trota, mis sentidos están agitados, mis pies arden. Mi corazón es todo para ti. »

Por tranquila y sana que sea en el fondo por naturaleza una muchacha, parece difícil que en esta carrera alocada y joven de emociones y de pensamientos, permanezca fría, siendo tan solicitada. Así, la señorita Philipon tuvo, en cierto momento su llama. ¿Cuál fué entre todos el preferido? El primer mortal que la encontró, no dejó intacto el ideal de tan noble corazón?

Entre estos pretendientes, los había de todas clases y profesiones, desde el comerciante de diamantes hasta el médico y el académico; desde el tendero hasta el tabernero; y la burlona muchacha decía que, si presentase un cuadro de esta corte más ó menos amorosa, cada cual con los atributos de su profesión, como hacen los turcos en el teatro en cierta ceremonia célebre, resultaría un abigarramiento singular. Pero, al fin, no bromeó siempre, y ese momento de seriedad, tierno, no muy violento ni tempestuoso, pero, no obstante, muy bello, es el que traiciona la Correspondencia.

Ha hablado mucho en sus Memorias de La Blancherie, especie de escritor y de filósofo que incurrió pronto en la insipidez y en la manera filantrópica. Le juzga desde un punto de vista muy alto y, por último, exclama: *Echemos al fondo este personaje*. Pero antes de ser ahogado, había sabido hacerse amar, y nada probaría mejor que no hay en el amor nada más que o que en él se pone, y que el objeto de la llama es casi

en realidad nada. La muchacha enérgica, sensata, de imaginación recta y severa, distingue desde el primer día á un ser que es el conjunto de todas las insulseces y de todas las tonterías en boga, y cree encontrar en él al tipo seductor de su sueño. Y es que La Blancherie, *joven prudente*, amigo de Greuze, con sus versos, sus proyectos, sus consejos de moral á los padres y madres de familia, representaba precisamente en su flor, el lugar común del romántico filosófico y sentimental de aquel tiempo, y el romanticismo en el corazón de una muchacha, aun cuando ésta haya de ser Madama Roland después, tiene, aunque sólo sea una sola vez, muchas probabilidades de éxito. Las cartas á Sofia se resienten bien pronto de este acontecimiento interior; la postdata á ocultas de su madre es cada vez más larga y el pequeño gabinete ya no le parece seguro y teme ser sorprendida. « Nada de respuesta, á menos que sólo sea inteligible para mí. Adiós; el corazón se sobresalta al menor ruido, y tiemblo como un ladrón. »

¡ Con qué impaciencia y con qué angustia son esperadas las respuestas! Si estas cartas tan deseadas llegasen durante la comida de la familia, tendrá que abrirlas delante de todos y, olvidando que no está sola, llorará, y entonces los padres sonreirán, y la abuela dirá por todos: « Si tuvieses un marido ó hijos, esa amistad desaparecería y olvidarías á la señorita Cannel. » Y la muchacha, contando esta escena, se rebela contra los que tal piensen. « Me sorprende ver cómo le gente considera la amistad como un sentimiento frívolo ó quimérico. La mayor parte se imagina que el más pequeño afecto de otra especie alteraría ó borraría la amistad. ¿ Crees tú, Sofia, que la nueva situación rompería nuestra amistad? Esta palabra *romper* es muy dura; pero, ¿ por qué, ¡ oh jovencita! tu amistad parece exaltarse en estos momentos en que tienes una preocupación más dulce que embarga tu corazón? ¿ Por qué el día en que volvistes á ver á ese cuyo nombre no quieres citar, el día en que leistes las pruebas de un libro virtuoso que él había

escrito, el día en que creistes decubrir en él sino un Rousseau, cuando menos un Greuze, por qué acababas tu carta á tu amiga tan apasionadamente? Recibe las lágrimas emocionadas y un beso ardiente que pongo en estas líneas. » ¿ De dónde viene ese beso ardiente que aparece de pronto y por primera vez? ¿ La amistad virginal no cambia? ¿ Y por qué, en fin, cuando más tarde la *nueva situación* se define decididamente, cuando el matrimonio, si no hijo de la pasión, del razonamiento, puso fin á sus sueños, por qué la última carta de la correspondencia que leemos es precisamente la de *participación de tal suceso*? La abuela, en su oráculo de La Bruyère iba un poco lejos sin duda, pero; ¿ no tenía un poco de razón?

Este sentimiento que inspiró La Blancherie, si no merece en absoluto el nombre de amor, y si no es en absoluto la idea que se podría formar de tal pasión en tal alma, depasa los límites de un simple interés, y es muy natural que Madama Roland en sus Memorias juzgándole de lejos; trate de desvirtuarlo, pero aquí le podemos observar en toda su fuerza. Lo que le sirvió notablemente á La Blancherie en los comienzos, fué que se le veía poco y sólo por apariciones. Estaba con frecuencia en Orleáns, reapareció en la casa en ocasión de la muerte de la madre de Madama Roland; M. Philipon se preocupaba poco de él y hubo que rogarle que moderase sus visitas. Estos eclipses y esta poca claridad que le rodeaba contribuyeron en su favor. La joven heroína, que ya he comparado con un personaje de la *Nueva Eloisa*, había llegado á parecerse mucho á alguna amante de Corneille, cuando pensaba en el virtuoso y sensible ausente. La Blancherie, á quien no tiene ocasión frecuente de ver, se halla en un funeral del aniversario de la muerte de Madama Philipon, y entonces exclama la muchacha. « Imaginate — escribe á su amiga, — todo lo que podía inspirarme su presencia en semejante ceremonia. Me avergoncé por estas lágrimas adúlteras que brotaban á la vez por mi madre y por mi amante... ¡ Cielos! ¡ Qué palabra! Pero,

¿ realmente había razón para avergonzarme? No; segura de la rectitud de mis sentimientos, te he tomado á ti por testigo, ¡ sombra querida y sagrada! » Se ve que el tono á que se remontaba es el de la escena sublime :

¡ *Adiós, muy desgraciado y muy perfecto amante!*

Y luego, como Paulina, habla de la *sorpresa* de los sentidos á la vista de La Blancherie; pero ya se sabe que no existe tal sorpresa, puesto que todo está relacionado con el sentimiento inspirado. El primer desencanto que tuvo fué en el Luxembourg, en donde encontró á su amado con una *pluma* en el sombrero. ¡ Un filósofo con *pluma*! Algunas ligerezas que contaron de él contribuyeron á comprometer el ideal. Finalmente, ocho ó nueve meses después del encuentro en la iglesia cayó la careta; cuando le juzga, ó cree juzgarle, escribe. « Tú no sabes qué raro me ha parecido; sus facciones, aunque son las mismas no tienen la misma cosa que antes. ¡ Oh, qué poderosa es la ilusión! Le estimo mucho más que á los demás hombres, sobre todo de los de su edad; pero ya no es el ídolo de perfección, ya no es el primero de su especie; en una palabra, ya no es mi amante; esto es decirlo todo ». Estos párrafos comparándolos con ciertas páginas de las *Memorias* son una lección eficaz sobre las falsas perspectivas del corazón. La última escena, sobre todo, en la que La Blancherie le pareció tan diferente de lo que fué antes, aunque siempre profesándole estima; esta escena, de entrevista, un poco misteriosa, que duró *cuatro horas*, está contada en sus *Memorias* con una fidelidad relativa y con cierta crueldad. Según estas páginas de las *Memorias*, echó á la calle á La Blancherie casi con ademanes de reina, y según la carta á Sofía del 21 de Diciembre de 1776, parece que al oír una visita le hizo seña de salir por una puerta en tanto que ella iba á recibir al visitante por otra, adoptando un aire coqueto para disimular su estratagema. ¿ Se encuentran estas variaciones inevitablemente aun en nuestros relatos más sinceros?

Puede ser, pues en materia tan delicada es preciso

tenerlo todo en cuenta; puede ser que la carta á Sofía no sea fiel y acaso fuese más dura y desdeñosa para con La Blancherie que lo que cuenta á su amiga confidente, por su amor propio, por sí misma y por el pasado. Sin embargo, temo, que sus *Memorias*, reuniendo en una sola escena los juicios posteriores, hayan alterado un recuerdo mucho tiempo despreciado.

Pero, ¿cuál es el autor de *Memorias* que resistiría una total confrontación de estas con sus cartas y con los relatos de sus impresiones?

Ese sentimiento, tal como existió un instante, la muerte de su madre, sus variadas lecturas, todo contribuyó, junto con sus amistades con hombres distinguidos, á que á los veintidós años, su alma enérgica tuviese una impulsión y se revelase aun en aquel círculo estrecho. En vano repite, con una sinceridad perfecta: « Deseo sombra, la claridad media me basta para una dicha, y, como dice Montaigne, no se está bien sino en la trastienda »; su naturaleza potente, sus facultades superiores, se encuentran con frecuencia muy entumecidas en el entresuelo en que la suerte la había confinado. Su vida desborda y ella se compara con un león en una jaula; debía haber nacido mujer romana ó espartana ú hombre francés. Osemos citar uno de sus deseos, después realizado por muchas heroínas célebres: « Ven á París — escribe á la dulce y piadosa Sofía, — nada vale más que la estancia en donde las ciencias, las artes, los grandes hombres de toda especie, los recursos de todas clases, se reúnen hasta colmar nuestro deseo. ¡Cómo pasearíamos y qué estudios haríamos juntas!; Oh, cómo me gustaría conocer á los hombres hábiles de todo género! Algunas veces me siento tentada á ponerme un pantalón y un sombrero para poder ver los bellos resultados de todos esos talentos. Cuentan que el amor y la abnegación impulsan á la mujer á tal disfraz... ¡Ay! Si yo razonase un poco menos, y si las circunstancias me fuesen un poco favorables, tendría bastante valor para hacer otro tanto. No me extraña que Cristina haya abandonado

el trono para vivir apaciblemente ocupada de las ciencias y de las artes que la encantan... Sin embargo, si yo fueses reina, sacrificaría mis gustos al deber de hacer dichosos á mis súbditos... ¡Sí; pero qué sacrificio! Bah, no me entristece el no llevar corona de reina, aunque me falta mucho para ello... Mas, charloteo sin ton ni son; te amo siempre igual, adiós, adiós. » La amistad con Sofía y las cartas que le escribe durante los primeros meses de 1776, participan de este conflicto de emociones. Ella misma lo confiesa y nos da la clave de esta complicación: « ¡Ay, Sofía, Sofía! Juzga hasta qué punto estará arraigada en mi tu amistad si te digo que es el único afecto que no está cautivo!

Pero Sofía sola no bastó, y hacia mediados del año de 1776, se nota un descenso y se oye una ligera queja: « Sofía, Sofía, tus cartas se hacen esperar mucho... » Al mismo tiempo que pensaba en La Blancherie y en Amiens, pensaba en el claustro; Sofía había tenido la idea un momento de hacerse religiosa. Las dos amigas no eran ya la una para la otra todo un mundo. Vuelven á amarse con vehemencia; pero es ya como un nuevo avance, y ya sabemos que en el camino del amor, como en el de la virtud, se retrocede en el momento en que no se avanza, y la misma Madama Roland es quien ha dicho esto. La hermana mayor de Sofía, Enriqueta, viene á pasar algún tiempo en París, y forma el triduo en aquella amistad. Su vivacidad de imaginación y su alegría perjudican á la languidez de su hermana pequeña. Enriqueta entra en la intimidad y ya las cartas son para las dos. También M. Roland comienza á parecer raro y austero. Todo esto no deja lugar al esparcimiento y aun mucho menos á las pequeñas luchas domésticas. La correspondencia avanza, pues, como la vida: sin unidad.

Al mismo tiempo, el talento del escritor gana; la muchacha, hecha mujer completa, es dueña de su pluma como de su alma, y la frase y el pensamiento funcionan según su deseo. Y aquí es donde yo hubiese querido que el editor hiciese algunos cercenamientos. Concibo

las dificultades y los escrúpulos cuando se tienen en las manos materiales tan ricos; pero me parece que importaba al interés de la lectura conservar unidad, evitar lo que no es sino intervalos y, sobre todo, teniendo las *Memorias* á la vista, suprimir todo aquello que fuese *duplicata*.

Una postdata de esta correspondencia que debemos al editor, es muy digna de ser el final y su corona. Acabo de nombrar á Enriqueta, la hermana mayor, la segunda y más íntima amiga. Era en 1793; muchos años de ausencia y de acontecimientos políticos habían entibiado, sino borrado, la amistad, y Madama Roland cautiva en Santa Pelagia, esperaba su sentencia y el patíbulo. Enriqueta corrió á salvarla; quiso cambiar sus ropas con ella y quedar prisionera en su lugar: « Pero te matarían, mi buena Enriqueta », le replicaba la noble víctima, sin consentir jamás.

Independientemente de la novela que yo he querido hacer resaltar se encontrarán con placer en estos volúmenes muchas anécdotas y detalles que pintan bien aquel siglo. Era muy natural que la jovencita entusiasta deseara conocer á Rousseau, y creyó idear un medio para esto. Un genovés, amigo de su padre, había de proponer al ilustre compatriota la composición algunos trozos musicales, y ella reclamó el encargarse de ello. Dos días después del brazo de su criada se encaminó hacia la casa y subió temblando las escaleras; pero fué Teresa la que vino á abrir la puerta, y la que contestó que *no* á todas las preguntas sin abandonar un instante la cerradura. Es mucho mejor que no haya visto nunca á Rousseau, el objeto de su culto, pues es así que las religiones del espíritu son más fervientes.

Acerca del amable y bueno M. de Boismorel, que tiene tan bello papel en sus *Memorias*, acerca de Sevelinges, el académico (1), que no está desprovisto de agrado, sobre cierto genovés menos aturdido, y cuyo

(1) Le califica de académico de provincias.

talento parece una linterna sorda que no alumbra sino á quien la tiene en la mano, sobre todo figuras conocidas para ella y luego para nosotros, hay detalles de observación que encantan. Nos hace apreciar particularmente á uno de sus amigos más afectuosos, á M. de Sainte-Lette que viene de Pondichery y á donde regresará, que conoce el mundo, que conoce las pasiones por experiencia propia, que se lamenta de su juventud, perdida, y que, además, es *ateo*. En el siglo XVIII había el *ateo*, y casi era una profesión. Cuando se descubría esta cualidad en un individuo, se sentía por él una especie de horror no sin un poco de atractivo. Se hacían partícipes del descubrimiento á los amigos misteriosamente, y esto ocurrió con M. de Wolmar, con M. de Sainte-Litte y con el amigo de Rousseau, De leyre. En nuestros días, las tres cuartas partes de la gente no cree en nada después de la tumba y no creen por eso que son ateos, lo son con perfecta indiferencia, y apenas nos damos cuenta de ello.

M. Roland hace su presentación en una carta á las amigas de Amiens; pero estamos mucho tiempo sin adivinarlo. Desde el primer día, la que está destinada á ilustrar históricamente, su nombre, le estima y se esfuerza por parecer más preocupada por él, pero solamente su espíritu está comprometido. En sus visitas se habla de todo; el abate Raynal, Rousseau, Voltaire, Suiza, el Gobierno, los Griegos, los Romanos, son motivos de conversación. Están bastante de acuerdo en muchas cosas, pero Raynal es un campo de batalla objeto de muchas disputas. M. Roland, en su buen sentido de economista, se permite juzgar al historiador filosófico de las dos Indias, como un charlatán un poco filósofo, y no estima á sus extensos volúmenes más que como buenos á rodar en *ciertos gabinetes*. La muchacha, admiradora de Reynal, le defiende como defendería á Rousseau. Todavía no ha podido encontrar la diferencia entre el uno y el otro, y aún no ha colocado en su lugar todo lo que debió á La Blancherie. En toda época, lo declamatorio está al lado de lo original,

y para los contemporáneos se confunden fácilmente. El mejor compositor puede parecer Racine, y Raynal puede créerse Rousseau. Sólo el tiempo hace la separación, y muestra al escritor original que ha obedecido demasiado á los deseos de sus discípulos y que se emborracha con los aplausos excesivos. En estas páginas, que ojos contemporáneos tocados del mismo mal admiran como igualmente bellas, y que una especie de unanimidad complaciente proclama, el tiempo, con su ala, indica lo que debe pasar y deja grandes placas injuriosas que hacen resaltar más el pequeño número de colores legítimos que son imperecederos. Los volúmenes de las cartas de Madama Roland nos llegan manchados por el ala del tiempo con esa tinta que salta á la vista, y estas manchas son los lugares comunes de su tiempo.

Los cuatro ó cinco años que pasan desde la muerte de su madre hasta su unión con M. Roland, son para ella rudas, terribles y mezquinas pruebas. Su padre se arruina y ella, sabiéndolo todo, quiere sonreír ante el mundo y ante su padre, y disimular: « Preferiría el silbido de los dardos y los horrores de la lucha — exclama, — al ruido sordo que me destroza. Esto es la guerra del bueno contra la suerte. » Acababa de leer á Plutarco ó á Séneca, cuando profirió esta frase estoica; pero también había leído á Homero cuando decía sonriendo: « La alegría perfora mis penas y sale como un rayo de sol que perfora las nubes. Gran necesidad tengo de la filosofía para prepararme contra los grandes asaltos que se preparan. He hecho gran provisión, y estoy como Ulises en la higuera esperando que el reflujo me traiga mi barca. »

M. Roland, que había hecho un viaje á Italia, al pasar por París lo visita poco, y ella está poco interesada. Una vez soñó con él; pero nada sentimental. Así escribía á las dos hermanas: « Decididamente es un hombre ocupado y que se prodiga poco; y ella, que tan aficionada es á hacer el retrato de sus amigos, no intenta hacer el suyo; lo ve *con antejo* y nada le hace

suponer que esté de regreso de Italia. No se habla así de un indiferente, y es buena señal que M. Roland, prudente observador, no se inquieta gran cosa, y avanza tardío, pero seguro, como la razón y como el destino.

En esta parte final de la Correspondencia, en medio de las vicisitudes familiares y de las desgracias que sitian la existencia de la que ya no es una muchacha, resalta una cualidad nunca bastante alabada, un yo no sé qué de sano, de probo y de valiente emana de estas páginas; obrar, ante todo obrar. « Es cierto — se complace en repetir — que el principio del bien reside únicamente en esta preciosa actividad que nos saca de la nada y nos hace aptos para todo. » De este amor al trabajo nacen según ella la estimación, la virtud, la dicha todas aquellas cosas en que ella supo vivir y que no la abandonaron hasta su muerte. Y porque las últimas generaciones del siglo xviii tan calumniado creían firmemente en estos principios, de los que es un noble ejemplo Madama Roland, y porque estuvieron formados en las tormentas horrosas que sobrevivieron, la nación tan quebrantada no ha perecido (1).

15 Noviembre.

(1) He hablado de Madama Roland por última vez en ocasión de publicarse nuevos documentos en 1864 (tomo VIII de *Nouveaux Lundis*).